

Entre Hollywood y Bollywood

Mariya Tasheva

(de “Buzón para cuentos”, compiladora Gueri Turiyska, segunda parte)

Desde niña me imagino casándome, teniendo hijos, un perro, una casa ordenadita, un montón de plantas, días de sol, juegos de familia: como en las películas. Y qué: un niño llorando, mocos, noches sin dormir, un caos, ni un par de medias emparejadas, ni cinco minutos para mí misma, rutinas del hogar y, en general, la típica vida de la clase media. No es que me queje pero alguien debería contar lo que había pasado con Cenicienta al cabo de los tres días de fiesta.

Y mira que la abuela no dejaba de repetirme: “Que lo sepas, mi niña, hay un destino que te guía y del que no puedes escapar haz lo que hagas.” Cuando conoció al abuelo, ella tenía dieciocho años. Vivían en dos pueblos vecinos. Ella: la única hija del hombre más adinerado de la comarca, y él: un pobre estudiante de medicina en Sofía. ¡Hay que ver qué amor! Pero metieron la pata y mi abuela se quedó embarazada antes de la boda. Se lo dijo y a lo largo de dos semanas al abuelo como si se lo hubiera tragado la tierra. Era invierno y la pobre mujer tomó la difícil decisión de ir a Sofía al día siguiente para buscar dónde hacer lo que se solía hacer para ocultar la deshonra. Se levantó de madrugada y fue a la estación de trenes, pero por culpa de la nevada intensa una roca grande se había desplomado sobre los raíles estorbando el paso de los trenes. Volvió a casa, y por la noche llegó el abuelo arrastrando toda su parentela para pedirle la mano y celebrar el compromiso. Menos mal que ella había tenido tan mala suerte porque de lo contrario, ni mi madre ni yo misma habríamos venido al mundo. Eso digo, como en las películas. Así pues, cincuenta y cinco años de matrimonio. ¡Destino! ¡Un destino maravilloso!

De pequeña me encantaba que la abuela me contara dicha anécdota, y yo soñaba con algún caballero, con que yo fuera una princesa y que se batieran en duelo por mí, con un vestido de crinolina y una corona de oro. Sin embargo, crecí olvidándome del destino. Y cuando conocí a mi marido, me persignaba diciéndome para mis adentros: “pobre de la mujer que se case con él.” Lo veía durante años desmadrándose en los clubes nocturnos y me estremecía. ¡¿Diez años más tarde resultamos casados?! Menudo destino, menuda ... ¿se habrá burlado de mí o qué? Pero fue así, por una apuesta que hicimos con él, y nació el amor.

Como en las pelis. De las buenas: las norteamericanas. Como *Los puentes de Madison*. ¡Destino! Ay, abuelita, has tenido razón: soy incapaz de escapar del destino.

Por no hablar de que todavía antes de conocerle me leyeron en broma el café prediciendo que mi felicidad tenía que ver con un lugar con flores. Y ahora vivimos en la calle capitalina de "Violeta". Y empiezo a preguntarme si es una casualidad o se trata de este destino del que no se puede escapar. Y me meto en la peli por mi cuenta. ¿Hay una conspiración mundial? ¿Existen los extraterrestres y hay una fuerza cósmica? ¿Nos están rociando desde arriba para enfermarnos? ¿Comemos transgénicos o es que nosotros somos transgénicos? Vaya películón.

Mi película no está mal: una tragicomedia o algo por el estilo. Cada semana me compro un billete de lotería y nada. A la gente le ha tocado en todo tipo de juegos o se ha encontrado alguna cosita en la calle, y yo como mucho encontraré alguna mierda de perro. Un día el destino me sonrió también a mí: gané dos levas¹ de la lotería. ¡Qué gozada! ¡Qué lujo! Mandé al destino a tomar viento y metí el billete en la guantera del coche. Y se me olvidó. Hasta el momento en que me vi en el aparcamiento de "Iliyantsi" con todo el dinero gastado. Y es que el aparcamiento cuesta dos levas pero no hay que pagarlo hasta que toque salir. ¿Y ahora qué? Yo estoy sin dos levas, sin dos levas. Y me acuerdo del dichoso billete de lotería por el que creía que el destino había vuelto a burlarse de mí. Pues no, este tenía otros planes. Me precipité a cobrar el premio en la gasolinera cercana y orgullosa me embolsé las dos levas. Me sentí como el *Slumdog Millionaire*. Es que las películas se hacen así. Y no es cierto que dos levas no puedan arreglarte la vida.

Pues bien, con el aparcamiento pagado y la conciencia tranquila regresé a casa donde soy protagonista. Cada uno con su papel: para el peque soy yo el policía malo y papá es el bueno. No se trata, por supuesto, de todos los días: en algunos soy Cenicienta, en otros, la Doctora Quinn y en terceros, la princesa y el guisante. Con lo que me gustaría ser Peter Pan.

Sigo sin comprender: ¿las cosas dependen de mí o del destino? La vida es breve y en su último momento la vemos proyectarse como si fuera una cinta de película. O sea que el destino es un director de cine. Por lo tanto, no nos queda más remedio que tener mucho cuidado en el casting, leer detenidamente el guion, no cagarla demasiado porque puede que no tengamos derecho a tomas falsas y rezar para que el director no acabe con nuestro personaje antes del segundo acto.

¡Happy End a todos!

¹ Unidad monetaria de Bulgaria.